

Los procedimientos tácticos en las campañas de Marruecos (The tactical procedures in the Morocco's campaigns)

Alberto Guerrero Martín
Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, España

Recibido: 17/10/2018; Aceptado: 12/12/2018.

Resumen

Las campañas de Marruecos fueron un ejemplo más de guerra irregular y asimétrica. El ejército español, que tenía en su haber guerras coloniales como las de Cuba y Filipinas, no supo sacar provecho de las enseñanzas de esas campañas y se las tuvo que ver con un enemigo ágil, maniobrero y feroz que le ocasionó no pocos descalabros, siendo el caso más grave el desastre de Annual. Sin embargo, tras 1921 las fuerzas españolas supieron sobreponerse al volver aplicar los principios generales del arte de la guerra, que fueron los que posibilitaron las victorias de 1926 y 1927.

Palabras clave:

Ejército español, Marruecos, guerra irregular, procedimientos tácticos, campañas del Rif.

Abstrac

The Moroccan campaigns were one more example of irregular and asymmetrical warfare. The Spanish army, which had colonial wars such as those of Cuba and the Philippines, did not know how to take advantage of the teachings of those campaigns and had to do with an agile, maneuvering and ferocious enemy that caused him not a few disasters, being the most serious case is the Annual disaster. However, after 1921 the

Spanish forces were able to overcome by re-applying the general principles of the art of war, which were what made the victories of 1926 and 1927 possible.

Keywords:

Spanish army, Morocco, irregular warfare, tactical procedures, Rif campaigns.

Introducción

En noviembre de 1912, García Prieto e Isidore Geoffray suscribieron un protectorado franco-español que cerraba una etapa de «penetración pacífica» en Marruecos e iniciaba otra que podríamos llamar de «escalada militar», la cual no finalizó hasta el período de 1927-1930 (Morales Lezcano, 2015: 138). Este convenio franco-español de 1912 completaba los acuerdos adoptados en la Conferencia de Algeciras de 1906, por el que ambas naciones procedieron a regular sus acciones sobre el Protectorado de Marruecos (Fontenla, 2017: 13).

Las campañas de Marruecos fueron complejas, y lo fueron por un lado por las constantes intervenciones de la esfera política en la militar (Fontenla, 2017: 15). Si bien no existió una doctrina oficial adecuada al tipo de guerra irregular llevada a cabo en Marruecos, en este trabajo se analizarán los procedimientos tácticos empleados entre 1912 y 1927 que condujeron a la brillante victoria final a pesar de partir de una situación de total carencia de preparación e instrumentos para la guerra irregular en el norte de África. Para ello se emplearán fuentes primarias, como el *Reglamento Táctico de Infantería* de 1914, las revistas *La Guerra y su Preparación* y la *Revista de Tropas Coloniales*, así como las obras de los generales Goded y Dámaso Berenguer que tratan esas campañas o la importante obra del sazón comandante José Díaz de Villegas, *Lecciones de la experiencia: enseñanzas de las campañas de Marruecos*, entre otras. De entre las fuentes secundarias, destacar la obra de Sebastián Balfour, *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)* o las publicaciones del general Casinello sobre la organización del ejército español en Marruecos, entre otras.

La guerra irregular y su estudio en España

Entre 1913 y 1927 se produjo una escalada militar en la zona marroquí bajo dominio español que se caracterizó por el desarrollo de la guerra irregular¹. Señalaba el general Goded en el prólogo de *Lecciones de la experiencia: enseñanzas de las campañas de Marruecos*, obra del entonces comandante José Díaz de Villegas, que al inicio de las campañas de Marruecos el ejército español no se encontraba preparado para una guerra colonial de ese calado, por falta de «preparación y de instrumentos» para ese tipo de guerra. Si bien las anteriores campañas coloniales, como las de Cuba o Filipinas, habían sido también duras y letales, «no exigieron la aplicación de la técnica en el alto grado necesario para contrarrestar otras cualidades del enemigo, pues este no las poseía nativas tan desarrolladas como el marroquí» (1930: 8).

No obstante, si la guerra irregular caracterizó la escalada militar en el norte de África, llama la atención el que no existiese ni se elaborase una doctrina militar sobre este tipo de guerra. Ni siquiera se tuvieron realmente en cuenta las enseñanzas que las campañas de Cuba pudieran haber ofrecido. A nivel táctico, en 1868 Weyler había presentado a su superior Valmaseda una memoria sobre los nuevos métodos de lucha en Cuba, siendo «*el primer militar que definía la guerra de guerrillas, dictaminaba su naturaleza irregular y sin frentes estables, bosquejaba métodos de combate y desarrollaba una táctica contra guerrillera*» (Cardona y Losada, 1998: 50). Estos métodos tendentes al combate en «guerrilla» no eran una novedad para los militares españoles, ya que en 1762 se empezaron a utilizar tropas ligeras que luchaban en escaramuzas sobre los flancos y retaguardia adversarios. Y los ejércitos de Isabel II contaron con unidades de «cazadores», ideales para la guerra irregular (Jensen, 2014: 46)².

Sin embargo, también es cierto, como bien señala Jensen, que las tácticas de contrainsurgencia habían recibido escasa atención por parte de los tratadistas militares españoles. Este autor cita durante el siglo XIX al Marqués del Duero, que analizó con detenimiento este tipo de guerra. También al general de brigada Martiniano Moreno, quien

¹ Como bien indica Morales Lezcano, con unos precedentes como los de 1893 y 1909, que se encargaron de consolidar lo sucedido durante el período descrito (2015: 164).

² Cita Jensen aquí a Fernando Puell, quien escribe que la gran aportación militar durante el reinado de Isabel II fue la aparición de las unidades de cazadores. También indicaba que a finales del siglo XVIII las tropas regulares de Infantería se agrupaban en 43 regimientos de línea y 11 cuerpos de tropas ligeras, creadas en 1762 para luchar en lo que entonces se conocía como guerra de guerrillas (Puell, 1996: 168).

en 1878 publicó *Estudios sobre la táctica de infantería*, en el que se comenta sucintamente la guerra de guerrillas, analizando también las guerras carlistas (2014: 46). Es más, de las campañas de Cuba no existía narración detallada, como denunciaba el general Dámaso Berenguer en 1918 en su obra *La guerra de Marruecos*. Criticaba, por ejemplo, que al no existir un estudio completo de la guerra de Cuba no se podía haber sacado para la campaña de Marruecos enseñanzas como las de las tácticas de marcha (1918: 50). En 1883 el Depósito de la Guerra publicó en dos volúmenes *Guerras irregulares*, de J. I. Chacón, aunque no contemplaba estudio sistemático alguno sobre la guerra de Cuba. También el Depósito de la Guerra publicó en 1896 un manual de bolsillo para oficiales titulado *La táctica en Cuba, África y Filipinas y en todo país cubierto y accidentado (sorpresas, emboscadas e impedimentas)*, obra de Virgilio Cabanellas (Jensen, 2014: 48).

Se comprueba entonces un desinterés manifiesto por la guerra irregular que, sin embargo, no era privativo de España, ya que en otros países también era vista como un tipo de guerra contraria a los «valores clásicos del honor militar». Y es que, según Jensen, esta falta de interés por la guerra irregular era lógica, ya que los pensadores militares no abordaban su problemática hasta que no era estrictamente necesario, imbuidos como estaban en la guerra regular. No sería hasta el siglo xx con la aparición de los africanistas cuando la guerra irregular empezará a ser tenida en cuenta (2014: 49).

No obstante, se pueden mencionar también otras obras, como la del comandante Víctor Martín García y el capitán Francisco Gómez Souza (más tarde Gómez Jordana Souza), *Estudios de arte militar*, publicada en 1910. En este libro, estudiado por el general Cassinello, aparece también un análisis de las guerras irregulares y se ponía como prueba la campaña de Melilla y lo costoso que podía resultar someter a un país más atrasado que, sin embargo, contase con armamento moderno. Los autores indicaban que al enfrentarse a una guerra irregular no había más remedio que variar en parte los principios tácticos «*de tal modo, que se empleen los medios de acción que más convengan para batir estos especiales enemigos, y se olviden, en cambio, aquellos otros que únicamente sean eficaces cuando se luche con tropas que reúnen las mismas condiciones que las propias*» (Cassinello, 2013: 290).

Por otro lado, en los reglamentos militares no se encuentra mención alguna sobre la guerra irregular, pues, como bien afirma el general Cassinello, estos están destinados a dirigir la lucha contra un enemigo con un equipamiento y doctrina similar a las del ejército español (2013: 289). Por lo tanto, no había una doctrina oficial sobre la guerra irregular. En

1911 se publicó *Enseñanzas de la campaña del Rif*, donde se hablaba de un «proyecto de reglamento para la organización, instrucción, servicios y combates de las fuerzas en África», que nunca llegó a publicarse. También se publicaron las enseñanzas de las campañas posteriores (Díaz de Villegas, 1930: 1). Cabría mencionar también el trabajo del general Bermúdez de Castro en el *Memorial de Infantería*, donde aporta su experiencia en la guerra de Cuba para hacerla útil en la de Marruecos.

En 1922, Mola, a la sazón teniente coronel, escribió un libro para los oficiales en Marruecos en el que se lamentaba en el prólogo de la falta de preparación de los oficiales que servían en Marruecos, y lo achacaba a la falta de obras escritas por oficiales experimentados en los que se informase de las dificultades a las que se tendrían que enfrentar y la manera de solventarlas. Así, Mola pretendía aportar su experiencia en Marruecos. Indicaba cómo los principios fundamentales del arte de la guerra eran inmutables. Lo que variaba era su aplicación, ya que cada guerra tenía una modalidad diferente a la que había por necesidad que amoldarse. Como la de Marruecos tenía una modalidad especial, para lograr el éxito había que estudiar al enemigo y conocer el terreno (1922: 5-8).

Organización del ejército de Marruecos

Para explicar la organización de ejército de Marruecos será de gran ayuda un artículo publicado por Díaz de Villegas en mayo de 1927 en *La Guerra y su Preparación*, con el título de «Modalidades de los principios fundamentales de la guerra al ser aplicados a la nuestra de Marruecos». En el mismo se distinguía entre tropas metropolitanas e indígenas. En cuanto a las primeras, Díaz de Villegas escribía que se dividían en: «a) de *guarnición permanente*; b) *complementarias*, y c) *expedicionarias de la Península*». Indicaba que eran fuerzas excelentes, pero que convenía economizar. Importante es destacar que Díaz de Villegas indicaba la inconveniencia de los pelotones de combate en Marruecos, tan al uso durante la Gran Guerra. Sin embargo, la ordenación orgánica de compañías, batallones y regimientos, rara vez esta última unidad de combate, sí era la misma. Y lo mismo pasaba con las otras armas. Así, por ejemplo, en artillería la unidad básica era la batería «y el grupo, al contrario de lo normal en la guerra europea, no suele ser homogéneo».

En lo referente a las fuerzas indígenas, que ahorraban soldados españoles, «pero no los excluyen, eran regulares o no». De entre las irregulares, estaban las *Harkas*, con un mando «personal y prestigioso»; las *Idalas* y las *Mehal-las*, «tropas majnezianas, que lo único que las separa de las fuerzas irregulares es una organización en *mías*; pero de ninguna manera su acción táctica». En cuanto a las fuerzas regulares, estaban los grupos indígenas, que se organizaban en tres compañías de fusiles y una de ametralladoras, según patrón francés (Díaz de Villegas, 1927: 443-446).

En 1911, el teniente general Dámaso Berenguer organizó en Melilla el Batallón de Fuerzas Regulares Indígenas, formado por cuatro compañías de Infantería y un escuadrón de Caballería. El Tercio de Extranjeros se fundó en 1920 y tenía su antecedente en los célebres «Cazadores de Valmaseda». A estas unidades había que añadir la Policía indígena, que con el tiempo formaron parte de la *Mezjanía*, unidades de policía marroquí al mando de oficiales españoles (Cassinello, 2013: 275).

Respecto a la recluta de soldados indígenas, el comandante general de Ceuta, Luis Bermúdez de Castro, escribía en el número de julio de 1924 de la *Revista de Tropas Coloniales* que siempre se había realizado con notable éxito debido a la abundancia de voluntarios atraídos por la fama de la oficialidad española. Estas unidades resultaban muy eficaces en la guerra irregular, además de contar con un gran atractivo para sus oficiales, en parte por lo «pintoresco» de estas. Además, los oficiales que las mandaban se acostumbraban a su ambiente y modo de combatir, lo que hacía que no se encontrasen a gusto entre las unidades del ejército regular (1924: 1).

En ese mismo número de la *Revista de Tropas Coloniales* el comandante Federico Pita escribía sobre las fuerzas indígenas un artículo titulado «Misión táctica de las fuerzas indígenas», señalando que su misión táctica no podía ser igual a la de las unidades regulares o a las que se dedicaban a labores de policía. Por lo tanto, y como era lógico, esa misión táctica no podía centrarse en los combates regulares, sin «ninguna formación como no sea el despliegue y la reunión para retirarse; en caso de ser atacadas, operar como las guerrillas famosas, emboscarse, aprovechar las ventajas que el terreno les ofrezca y si se ven comprometidas, retirarse velozmente».

Por otro lado, el comandante Pita hacía una distinción de la misión táctica de las distintas fuerzas indígenas. Así, las *mías* tenían que funcionar como el elemento político de la penetración en Marruecos; las *Mehal-las* de una manera más militar que política, y los

regimientos indígenas, «la fuerza militar de conquista, el medio más seguro y eficaz de la penetración armada» (Pita, 1924).

La táctica en Marruecos: *La campaña del Rif de 1909*

Ya se ha señalado que al comenzar las campañas de Marruecos el ejército no se encontraba preparado para el carácter de esa contienda. Sin embargo, en las *Enseñanzas de las campañas del Rif en 1909*, obra de 1911 publicada por el Estado Mayor Central (en adelante EMC), se indicaba que en cuanto a la previsión para la guerra esta vez había sido «muy superior a lo que estamos acostumbrados». De ese modo, se sostenía que tanto antes como durante esa campaña se habían tomado unas medidas que habían logrado disponer en el «momento oportuno de los refuerzos de tropas, ganado y material que se ha juzgado indispensable». También se indicaba que todos los progresos adoptados en Europa se habían utilizado en Marruecos: «aerostación, proyectores, automovilismo pesado y ligero, radiotelegrafía, fotografía, ciclismo, radiografía, imprenta, etc.», además de los nuevos cañones *Schneider Canet*, el uso de ametralladoras y granadas de mano y de fusil (1909: 33).

Quizá esta memoria de la campaña de 1909 pecaba de optimista en ciertas ocasiones, puesto que los hechos demostraron lo mal preparadas que iban las tropas³. El general de brigada Carlos Banús defendía la necesidad de que todos los jefes y oficiales conociesen este libro sobre la campaña del Rif, ya que de no hacerlo en el futuro se podían cometer los mismos errores que esta memoria describía. Banús indicaba que los tres elementos que intervenían en las guerras, «hombres, armas y terreno» eran variables, pero, no obstante, los principios generales tenían que ser lo suficientemente flexibles para adaptarse a cada caso (1912: 5-6).

Banús pretendía analizar las enseñanzas del libro del EMC, como, por ejemplo, en lo referente a las marchas, donde se señalaba que habían sido cortas por la particularidad del terreno y por el clima, lo que había impedido verificar el aguante y preparación de los soldados. Para Banús esto era un error, ya que la falta de continuidad en las marchas

³ En *Lecciones de la experiencia: enseñanzas de las campañas de Marruecos*, José Díaz de Villegas señalaba que en 1909 se actuó con tropas formadas por gran cantidad de reservistas; sin servicios de automóviles; sin soldados indígenas; sin tropas voluntarias de calidad contrastada; con una artillería que en su mayor parte «experimentábamos»; empleando «balbuceantemente» las ametralladoras *Hotchkiss* y *Maxim*, y «con preceptos reglamentarios, tácticos y de tiro, que se ponían en práctica con los albores de la campaña». Por tanto, tales enseñanzas del período «incipiente de la campaña, no pueden sino ser, pues más que muy pasajeras» (1930: 1-2).

posibilitaba que el enemigo se «reponga y se pierdan así las ventajas obtenidas». Defendía que estuviesen calculadas de tal modo que se llegase a una zona de descanso antes del anochecer, mucho mejor si era al mediodía. Otro error que detectaba es que no se diese al servicio de exploración de la Caballería la amplitud adecuada. Y refiriéndose de nuevo a la Caballería, decía que en Marruecos toda caballería «europea, aunque sea ligera como nuestros cazadores de África, constituye una verdadera caballería de reserva y debe ser empleada como tal». Por otro lado, y volviendo a las marchas, la vanguardia de las columnas debía componerse de infantería, ametralladoras y artillería de montaña (1912: 12-14).

Según Banús, la campaña del Rif exigió gran movilidad, pero nuestro ejército demostró que solamente estaba preparado para una campaña de corta duración. Esto era un problema, ya que si se lograba derrotar al enemigo, convenía no darle descanso. Así, toda ventaja lograda precisaba de su conservación y eso se lograba emprendiendo operaciones que durasen varios días y que asegurasen esa ventaja obtenida. En su opinión, «lo que más efecto produce es el continuo avance, que les convence de que son impotentes para detener al invasor». Por ello era aconsejable que las columnas estuviesen pertrechadas para poder marchar durante varios días, que debían ser calculados previamente (1912: 27).

48

Los enemigos no dispusieron de cañones en esta campaña de 1909, mientras que en el ejército español se contó con dos cañones cada 1.000 hombres, número muy bajo si se hubiese tratado de una guerra contra un ejército regular. De este modo, el único inconveniente que tuvo fue el tener que atender a «frentes excesivos». No obstante, dado que la artillería restaba movilidad a la marcha de las columnas en un territorio con un relieve tan accidentado y con escasas comunicaciones, no convenía que fuesen muchas las piezas empleadas. Del material utilizado, fueron los cañones de montaña los que resultaron más eficaces para acompañar a la infantería en ese terreno, sobre todo si se empleaba material moderno, pues tanto en el libro del EMC como en la *Crónica artillera de la campaña del Rif*, se constataba que «las piezas de montaña, modelo 1896, son anticuadas y debían reemplazarse por las de tiro rápido de 7 centímetros, modelo de 1908» (Banús, 1912: 32-33).

La campaña de 1909 fue criticada, entre otros, por el capitán Equis, pues reprochaba al EMC que no hubiese hecho nada para preparar la guerra de África en 1909, puesto que se mandó al ejército con las mismas carencias, y eran muchas, con las que se le había mandado en todos los conflictos en los que participó durante el siglo XIX (1916: 43-54). Como ha

indicado Cardona, la guerra de 1909 sacó a la luz las deficiencias del ejército español, como fueron el uso del célebre uniforme de rayadillo, que se había usado en las campañas de Cuba y Filipinas, o el empleo de anticuados cañones de bronce *Sotomayor*, emprendiéndose tímidas reformas para remediarlo (1983: 11).

Lo que es cierto es que a Melilla se mandaron soldados mal entrenados y equipados para enfrentarse a un enemigo muy móvil, feroz y que conocía perfectamente el terreno. Como afirma Puell de la Villa, las brigadas mixtas compuestas por soldados mal instruidos no estaban concebidas para una guerra irregular. Esto lo sabía el general Marina, y así lo comunicó al ministro de la Guerra poco antes del desastre del Barranco del Lobo (1996: 270).

Las campañas libradas entre 1909 y 1911 tuvieron como consecuencias la Ley de Reclutamiento de 1912, que acaba con las injusticias en el servicio militar, y la creación de unidades de voluntarios para luchar en Marruecos. La primera de estas unidades fue organizada en junio de 1911: el Grupo de Regulares de Melilla, integrado por habitantes de las cabilas enfrentadas a El Mizzian, y mandados por oficiales españoles. Esto aliviaba el reclutamiento de peninsulares y era ideal para la guerra irregular que en Marruecos se libraba, ya que eran conocedores del terreno. Este tipo de unidades se mostró tan eficaz que en 1914 el general Echagüe las aumentó. En 1917, con la reorganización del ejército que operaba en Marruecos, se dio total prioridad a estas unidades (Puell, 2009: 134).

Años después, en 1919, se pensó en organizar batallones paralelos a los del ejército, formados por reclutas voluntarias tanto de españoles como de extranjeros, a imagen y semejanza de la Legión Extranjera francesa. Su principal valedor fue el entonces comandante José Millán Astray, quien en 1920 recibió la orden de reclutar voluntarios para lo que se llamó el Tercio de Extranjeros. A principios de 1922 contaba con cinco batallones (banderas) organizadas en lo que se conocía con el nombre de Legión. A pesar de la eficacia demostrada en los combates, lo que la convirtió en la fuerza de élite de las tropas desplegadas en Marruecos, no era más que una pequeña parte de estas, por lo que no lograba disimular el tono general de «incompetencia, irresponsabilidad y baja moral del ejército», que apenas cambió. Esta escasa eficacia del ejército español se debía por un lado a la insuficiencia técnica que presentaban la mayor parte de las unidades y, por otro, a la confusión de responsabilidades en la estructura del mando (Payne, 1986: 169-170).

En marzo de 1914, el mariscal francés Lyautey se entrevistó con Alfonso XIII y le expuso las razones que, según su parecer, estaban entorpeciendo la acción militar española en el norte de Marruecos:

a) Una organización militar escasamente adaptada a las condiciones del país y con un elevado número de generales, jefes y personal de Estado Mayor, tal y como ocurría en la Península.

b) El desarrollo de las unidades indígenas en el frente de combate y en los servicios auxiliares no era suficiente.

c) Las unidades militares, como divisiones, brigadas y regimientos, eran idénticas a las de la metrópoli y no se habían adaptado a la guerra colonial.

d) La multitud de puestos tenía como consecuencia la inmovilización y concentración de la tropa en estos, lo que restaba movilidad a las unidades.

e) El mando estaba escasamente coordinado y sufría constantes intromisiones desde Madrid (Morales Lezcano, 2015: 171).

En 1914, apareció un nuevo *Reglamento Táctico de Infantería*, que se diferenciaba de los anteriores en la importancia que daba a la instrucción individual del soldado, así como en la llamada a la iniciativa individual (Cassinello, 2013: 287). Ese mismo año, Bermúdez de Castro publicó en el *Memorial de Infantería* una serie de pautas a seguir en Marruecos. Si bien contradecían en parte a este nuevo reglamento, se ajustaban al tipo de guerra desarrollado en Marruecos. Por ejemplo, sostenía que los tiradores tenían que ser de «precisión», al enfrentarse a enemigos dispersos. Por otro lado, defendía la «invisibilidad de las formaciones», conocido en la actualidad como «el campo de batalla vacío», que, no obstante, ha sido algo usual de la guerra irregular (Fontenla, 2017). Cassinello, que también recogió lo publicado por Bermúdez de Castro en el *Memorial de Infantería*, indica que este escribía que «en ninguna guerra como en la de Marruecos es más necesario ese vacío, esa invisibilidad: de ahí (me da miedo lo que voy a decir porque es una herejía) de ahí la supresión de las reservas» (2013: 292).

El camino hacia la victoria

Los esfuerzos por mejorar la organización y el equipamiento del ejército de Marruecos no fueron muchos al menos hasta 1920. Las únicas mejoras habían sido el aumento de los sueldos y en las raciones de los soldados, que era lo que reflejaba la ley de

La Cierva de 1918. El armamento era inadecuado y la preparación de oficiales y reclutas escasa. No existían mapas de campaña adecuados, por lo que el reconocimiento ofensivo, tan criticado en la campaña de 1909, era lo más común. No siempre eran escuchados los consejos de oficiales de Estado Mayor y la ventaja de fuego que disfrutaba el ejército español sobre el adversario era normalmente desperdiciada (Payne, 1986: 168).

Respecto a la Ley de Bases de 1918, en su base primera se indicaba que el Ejército estaría constituido por tres grandes agrupaciones: *Ejército de primera línea*, *Ejército de segunda línea* y *Ejército territorial*. El ejército de primera línea estaba formado por las siguientes agrupaciones: *Ejército de la Península*, *Guarniciones de los archipiélagos de Baleares y Canarias*, organizadas con carácter defensivo, utilizando los elementos existentes en cada isla, y *Ejército colonial de África*, de cuantía proporcionada a la misión de España en la zona de protectorado, y compuesto de tropas peninsulares e indígenas, procedentes, en la mayor proporción posible, de la recluta voluntaria⁴.

Como se comprueba en esta ley, se buscaba que el ejército colonial estuviese formado en su mayor parte por voluntarios. No obstante, las campañas de Marruecos no fueron recibidas con mucho «fervor patriótico» por los españoles. La mayor parte de los reclutas que sirvieron en el Rif fueron forzosos. Los reveses sufridos por las tropas españolas en Marruecos no contribuyeron precisamente a ello (Morales Lezcano, 2015: 169-170).

En *La Guerra en Marruecos*, el general Berenguer indicaba que desconocer los principios fundamentales del arte de la guerra era «descender al nivel de nuestro adversario». Su renuncia no podría más que significar «abdicar» de las ventajas de ese arte. Y escribía que era corriente creer que las guerras coloniales viciaban la capacidad militar de sus ejecutantes, cuando no era así. Para Berenguer existía una perfecta «subordinación» de la guerra desarrollada en África a los principios fundamentales del arte de la guerra, aunque exigiendo una adaptación especial de estos. Y esa especialización de la guerra de África requería más dominio de ese arte. Por lo tanto, se requería de especialistas «que suplan con su experiencia del enemigo las dificultades de aplicación de nuestro arte en ese ambiente nuevo y desconocido, llevándonos directamente a obtener el mayor rendimiento dentro de la más completa economía de esfuerzos» (1918: 13-18).

⁴ Ley aprobando las Bases para la reorganización del Ejército, contenidas en el Real decreto, 7 de marzo de 1918: *Gaceta de Madrid* n.º 181.

En suma, lo que Berenguer defendía era que la campaña de África no requería de una táctica especial, sino más bien de la «perfecta instrucción táctica, el dominio completo de sus recursos, de todos sus procedimientos, para que el ejecutor esté en condiciones de aplicar los principios del arte, amoldándose a la totalidad nueva que imponen los especialísimos procedimientos de combate enemigos». Así, con una profunda instrucción táctica se podrían suplir todas las carencias propias de la inexperiencia. Según Berenguer, la causa de los fallos cometidos en Marruecos estaba en los errores tácticos (1918: 19).

Como señalaba el general Goded en el prólogo a la obra del comandante Díaz de Villegas, cuando el ejército español comenzó las acciones en Marruecos se las tuvo que ver con un enemigo nuevo, «de cualidades militares extraordinarias, poseedor de una gran movilidad, sobriedad y dominio intuitivo de la táctica, que le permitía aprovecharse del menor error o descuido cometido por el adversario»⁵. De este modo, al enfrentarse a un enemigo de unas características tan notables para la guerra irregular, vinieron los primeros descalabros⁶. Pero en vez de buscarse la solución en el «empleo puro de los principios», que, sin lugar a dudas, y debido a la superioridad técnica, habrían dado lugar a una pronta victoria, se buscó la explicación en creer que la guerra en el norte de África era distinta a las demás guerras. De este modo, se lamentaba Goded, en vez de emplear los «principios» para lograr la victoria, que son los mismos para todas las contiendas, se abandonaron y se optó por un sistema especial basado en pequeñas posiciones (1930: 10-11).

Goded indicaba que este sistema buscaba detener la agresividad y la extrema movilidad del enemigo mediante la diseminación de las tropas en una profusión de pequeñas posiciones, perdiéndose con ello «la movilidad, el dominio estratégico y la superioridad numérica». Esto prolongó irremediabilmente la contienda y solo la vuelta al empleo de los «principios» permitió conseguir las victorias de 1926 y 1927, si bien ya durante la campaña de Yebala de 1921 el general Berenguer había conseguido la victoria aplicando precisamente estos (1930: 11).

⁵ Va a ser muy común entre los militares españoles y franceses el ensalzamiento de las cualidades guerreras del marroquí. El general Goded lo remarcaba en el prólogo del aludido libro del comandante Díaz de Villegas, donde alaba las extraordinarias condiciones militares del enemigo. Indicaba Goded asimismo que el propio mariscal Petain los caracterizó como unos de «infantes más terribles de la guerra» (1930: 9). Díaz de Villegas lo señalaba también en su libro en numerosas ocasiones. Además, recogió opiniones francesas ensalzando al guerrero marroquí, algunas de Petain, pero también del general Daugán, comandante del frente Norte de Marruecos en 1925, quien los retrataba como enemigos de «primer orden» (1930: 24).

⁶ Berenguer también describió su conocimiento del terreno, su amplia movilidad, «la forma diluida en que se presentan» (1918: 33).

En noviembre de 1926 la *Revista de Tropas Coloniales* publicó un artículo de Franco bajo el título de «Reformas necesarias». Respecto a la profusión de blocaos y posiciones en Marruecos, consideraba que eran consecuencia de tener controlado al país y asistir a las columnas. Muy interesante es su negativa a que las tropas de Marruecos estuviesen organizadas y adiestradas en las «modernas técnicas de combate, resultado de la guerra, patrón francés». Para Franco este modelo no era ideal en Marruecos, sino más bien un error que traería fatales consecuencias ante un enemigo «emprendedor y maniobrero», por lo que había que alejarse de las enseñanzas de la guerra de trincheras y retomar la «movilidad y ligereza» (1926: 241).

Pero esa estrategia de dispersar tropas por todo el Protectorado trajo como consecuencia la derrota, por lo que tras el desastre de Annual se tuvieron que diseñar nuevos métodos para las siguientes campañas. De este modo, el ejército español acabó abandonando ese sistema de blocaos aislados o las incursiones temporales en territorios del adversario, para adoptar uno nuevo basado en poderosas unidades móviles que «vivían a costa del enemigo». Estas unidades utilizaron tácticas de «actuación lateral y envolvimiento», y sus tropas de choque fueron las unidades de élite del ejército de Marruecos, es decir, la Legión y los Regulares (Balfour, 202: 169).

De 1926 era también un interesante artículo del teniente coronel Luis Pareja, publicado en el número de julio de 1926 de *La Guerra y su Preparación*. Con el título de «La guerra irregular en las zonas montañosas (*yebala*)», el teniente coronel Pareja escribía que en una guerra irregular las tropas metropolitanas se encontraban «descentradas moralmente» por tener que combatir en un país que les era extraño, además de someterse a una dura aclimatación y a un penoso entrenamiento. También la moral de los nuevos contingentes podía verse afectada por los continuos golpes de mano del adversario.

Por otro lado, el teniente coronel Pareja creía que las guerras irregulares de larga duración, caso de la de Marruecos, no podían substraerse a «lógica ley del perfeccionamiento». Ley seguida de modo «lento y gradual» en Marruecos, sobre todo desde lo acontecido en 1921. Así, si se comenzaba la contienda contra un enemigo irregular empleando procedimientos tácticos propios de las guerras regulares, luego, conforme se observaban los métodos del adversario, «se orienta la evolución táctica, adaptándola a los procedimientos irregulares del enemigo». Pero ocurría algo curioso, y es que conforme el

enemigo iba mejorando sus métodos de combate, se equipaba de armamento moderno y aparecía en sus filas un jefe que «crea o aviva una ideología, tendía, sin darse cuenta, hacia los principios de la guerra regular», organizando sus tropas en ese sentido (1926: 563-564).

Lo que el ejército español aprendió de su adversario le hizo adoptar métodos de combate «muy ágiles y poco consistentes» en su avance; «en la decisión y rapidez de este avance residía el éxito». Siguiendo estos principios, se utilizó la caballería no solo en su misión exploradora, sino que también se la empleó como elemento principal del combate. En cuanto a la táctica de combate, se adoptó un dispositivo que no se varió casi nunca y que consistió en el combate de estacionamiento seguido del «obligado repliegue» (Pareja, 1926: 565-566).

En lo que respecta al sistema de posiciones, el teniente coronel Pareja apuntaba que tras el desastre de Annual la postura casi unánime fue decir que este sistema había fallado. Sin embargo, lo que fracasó realmente en 1921 fue la organización militar de las «columnas móviles encargadas de proteger la primera línea de combate, constituida por las posiciones avanzadas, ante la cual estas tuvieron que sucumbir». No obstante, también resaltaba que el valor militar de las posiciones era más bien escaso; «pero para los elementos y moral que el enemigo poseía en aquella época, bastaba» (1926: 573-574).

Pero ¿cuáles fueron los métodos que llevaron a la victoria? El general Goded los sintetizó en una carta a la *Revista de la Raza*, y fueron recogidos por el comandante Díaz de Villegas en su libro *Lecciones de la experiencia: enseñanzas de las campañas de Marruecos*. Así, en el aspecto militar fueron los siguientes: «voluntad de vencer; continuidad de la acción, para aprovechar nuestra superioridad de medios; el frente de despliegue con multitud de columnas, para utilizar nuestra superioridad numérica; la maniobra para emplear la superioridad táctica» (1930: 41).

Goded continuó refiriéndose a estos pareceres en 1932, en su obra *Marruecos. Las etapas de la pacificación*, en la que indicaba que la guerra de Marruecos tuvo unas características especiales debido a las dificultades del terreno y a las características del enemigo⁷. También defendía que olvidar los principios de la guerra acarrearía fatales consecuencias. Además, su empleo en la aplicación táctica ofrecía distintas modalidades

⁷ Un enemigo que, citando Goded las *Memorias* de Abd-el-Krim, llegó a contar con unos siete mil áscaris destinados a encuadrar a las tribus movilizadas por el caudillo rifeño. Este ejército comenzó a formarse en 1922 con desertores de las fuerzas indígenas francesas y españolas y cierta cantidad de licenciados de la división marroquí que luchó con los franceses en la Gran Guerra (1932: 94-97).

debido a la naturaleza del terreno, la clase del enemigo, «los medios de acción de este y los propios y todas las demás circunstancias que concurren en la guerra». Indicaba también que el ejército español disfrutaba de una superioridad técnica, de medios, organizativa y numérica, pero hasta 1926 no se supo «explotar el resultado de cada victoria táctica». Cuando se derrotaba al enemigo, todo se paralizaba, ya fuese por la «desmoralización» del Gobierno o por la de los mandos (1932: 42-47).

Había que emplear frecuentemente la maniobra para aprovechar esa superioridad técnica, pero una maniobra de «gran táctica, con el empleo de varias columnas que permitan contar con masa de maniobra y masa de reserva para la explotación del éxito una vez conseguido». Y, escribía Goded, aunque estas frases pudiesen parecer «pretenciosas» la realidad era que el empleo de estos métodos fue el que proporcionó la victoria en Marruecos (1932: 50).

El libro señalado de Díaz de Villegas recogía parte de lo escrito por el autor en el ya mencionado artículo para la revista *La Guerra y su Preparación*, en su número de mayo de 1927, titulado «Modalidades de los principios fundamentales de la guerra al ser aplicados a la nuestra de Marruecos». En este artículo también indicaba que los principios del arte de la guerra eran inmutables, pero tenían que ser flexibles y adaptarse a las circunstancias. En cuanto a la estrategia marroquí, Díaz de Villegas indicaba que había que dar a las operaciones un «sello de vigor y de rapidez más intenso aún que en la guerra irregular». Dado que vigor significaba potencia y esta era sinónimo de pesadez, había que combinarlo con rapidez, que era sinónimo de ligereza. De este modo, para lograr ese objetivo había que actuar tal y como lo hacían los franceses, que se valían de tropas escogidas, del enlace entre las distintas zonas y de escoger bien los objetivos (1927: 420-424).

En lo que respecta a la táctica en Marruecos, Díaz de Villegas consideraba que el avance más que ser constante, tenía que ser intermitente, limitándose al alcance de su objetivo; «a tomar posesión de lo pretendido, y una vez alcanzado, cesar la acción militar. Mas no es ello si no un alto, un intervalo del próximo avance, que la política y el método exigen» (1927: 427).

El artículo primero de *La doctrina para el empleo táctico de las armas y los servicios* de 1929 indicaba cuáles eran los principios fundamentales del arte de la guerra: «voluntad de vencer, acción de conjunto y sorpresa». Estos principios eran además permanentes e

inmutables. También lo eran otros derivados de los anteriores, como: «libertad de acción, seguridad, conservación del contacto, aprovechamiento del éxito y economía de fuerzas». En cuanto a los tres principios fundamentales de la táctica, eran también inseparables y se debían aplicar armónicamente, por lo que no atender a uno de ellos conduciría irremediablemente al fracaso. Por otro lado, no había que entender la voluntad de vencer con el avance continuo, ya que también una retirada voluntaria o una acción defensiva que utilizase el terreno como apoyo, comprendían voluntad de vencer. De este modo, de la «armónica y ponderada acción de conjunto de los principios fundamentales, de la experiencia y del valor relativo e influencia recíproca y medios de acción de que se disponga» se deducían unas leyes y preceptos que constituían la doctrina, y de esta los métodos y sistemas, o lo que es lo mismo, los procedimientos (1929: 9-10).

Este reglamento, cuya primera edición databa de 1926, no se puso en práctica durante las campañas de Marruecos, pero recogía las enseñanzas que de esta contienda se sacaron, así como las de la Gran Guerra. Se comprueba en el mismo cómo la infantería dispone de más medios de fuego. Su antecedente fue la *Doctrina para el empleo táctico de las armas y de los servicios*, de 1924, donde la infantería aparece dotada de ametralladoras, cañones de acompañamiento y morteros (Cassinello, 2013: 295).

El influjo de esos principios fundamentales también llegaba a la guerra irregular, como indicaba Díaz de Villegas en el citado artículo de *La Guerra y su Preparación* al explicar la táctica en Marruecos. Así, en cuanto a la voluntad de vencer, esa fe en el éxito terminaba soldándose con el factor moral. Respecto a la acción de conjunto, es decir, la coordinación del esfuerzo, era también necesaria en la guerra de Marruecos. Sin embargo, consideraba que no era recomendable la coordinación de varias columnas convergentes en Marruecos, ya que el enemigo era muy ágil y la topografía muy irregular, por lo que, siguiendo lo que recomendaban los franceses, era mejor «agrupar los medios y pasar a la acción enérgica y rebelde con todas las fuerzas reunidas».

En lo tocante a la sorpresa, tercer principio fundamental de la táctica e íntimamente ligada al secreto y la rapidez, había que actuar con sumo cuidado, ya que el ejército español se encontraba rodeado de población indígena y eran muy usuales los espías dobles. Por otro lado, Díaz de Villegas consideraba que en una guerra irregular como era la de Marruecos, la rapidez era algo muy necesario, sobre todo al enfrentarse a un enemigo que tenía como principal característica su gran movilidad. Sin embargo, advertía del uso de la caballería en

Marruecos para realizar grandes penetraciones o progresiones, ya que aunque esta podía muy rápida no podía tomar el terreno con la eficacia de la infantería, por lo que había que procurar que ambas armas actuasen en íntimo contacto.

La economía de fuerzas también era tan necesaria en la guerra regular como en la irregular, y se resumía en emplear en los combates y en todas sus fases lo estrictamente necesario. Para lograr disponer de mayores fuerzas en un punto decisivo, «la economía de fuerzas se vale de la maniobra. La maniobra es la culminación del arte, cabiendo, como en la guerra regular, tanto la maniobra de ala, es decir, el ataque convergente, como la maniobra central, que es el ataque por líneas interiores y ruptura de frentes». Y, citando al general Berenguer, defendía que el ataque principal en Marruecos tenía que buscar «fijar» al enemigo en una dirección determinada —a pesar de entrañar dificultades— «bien por el ataque, por la acción defensiva o por fingimientos que le atraigan al terreno que queremos». A continuación, la amenaza sobre los flancos o la retaguardia, que era, en su opinión, lo que más temía el combatiente marroquí, «en su convencimiento de que su organización rudimentaria no le permite contrarrestarla» (Díaz de Villegas, 1927: 427-433).

Interesante también es el sucinto análisis que Díaz de Villegas realizó de las tácticas particulares de las distintas armas, donde la Infantería era el arma preponderante. Y esa preponderancia se basaba en varios aspectos. El primero de ellos era que el armamento del enemigo se reducía básicamente a los fusiles, por lo que no había que disponer de tanto armamento como el que sería necesario para enfrentarse a un ejército regular. Dado que una de las características del adversario era su extremada movilidad, lo ideal era emplear infantería. También por la propia modalidad de la guerra de montaña, donde las «proporcionalidades de los efectivos se fuerzan a favor de la infantería». Además, como es el arma que más se «desgasta» en todo tipo de guerras, era necesario su relevo.

Al igual que sucedía en la guerra regular, su armamento eran los fusiles, las ametralladoras, aunque estas en Marruecos no eran su arma principal, y los fusiles ametralladores. También las granadas de fusil y de mano, así como los morteros de trinchera eran ampliamente empleados por los infantes. Los otros ingenios eran «el arma pesada o máquina de acompañamiento» y el carro de combate. En cuanto al primero, se carecía en África, lo cual no era conveniente. Respecto al carro de combate, si bien podía ser útil, no

tenía la misma utilidad que en una guerra regular⁸. Este se movía pobremente, con un escaso radio de acción y con dificultades para su transporte. «De aquí que la disponibilidad estratégica de los carros de combate no sea mayor que su disponibilidad táctica». Sin embargo, los camiones blindados, «un fruto de la guerra irregular provisto de ametralladoras», si eran muy útiles en una guerra como la de Marruecos por su rapidez y movilidad (Díaz de Villegas, 1927: 434-437). Los primeros carros de combate, once *Renault FT 17* transportados por el vapor *Sorolla*, llegaron a Marruecos en 1922⁹. También servirían en Marruecos los *Schneiders* y los *Chenilletes Saint Chamond M-21*.

En lo que respecta a la Caballería, Díaz de Villegas comentaba acertadamente que no era Marruecos el escenario para el desarrollo de su «táctica clásica», puesto que era más bien una guerra de montaña, a lo que había que sumar la idiosincrasia del combatiente marroquí. No obstante, a veces se presentaban ocasiones para su empleo clásico. También podía desempeñar en Marruecos, aunque también en una guerra regular, el papel de «reserva móvil y refuerzo de fuegos». Además, no fue raro encontrarla en Marruecos combatiendo a pie.

Al hablar de la Artillería, señalaba que esta perdía importancia en Marruecos «por falta de blancos que la surjan», aunque también tenía un interés por su valor moral frente a un enemigo que normalmente carecía de ella. En caso de poseer de artillería, y en ocasiones así fue, procuraba evitar la contrabatería del ejército español. Su distribución, bien siendo más escasa en la guerra irregular, era siempre la misma. Existía una artillería de acompañamiento y apoyo y otra que quedaba a las órdenes del mando. Citando al general Berenguer, la distribución de la artillería exigía dos condiciones: que «cada agrupación de fuerzas encargada de un objetivo especial cuente con la necesaria a su cometido», y que el «mando sea dueño, en todo momento, de acudir con su totalidad a la mayor parte de su energía artillera al objetivo parcial o de conjunto que estime necesario».

Por último, también incluyó a la aviación. Esta no tenía un adversario en Marruecos, y excluyó a la de caza y «falta de objetivos que la reclamen» a la de bombardeo. El ataque al enemigo era encomendado a aviones «realmente» de reconocimiento, «a los que se provee

⁸ En 1918 el ejército se interesó por los carros de combate, surgiendo la necesidad de dotarse de estos vehículos que tan destacado papel habían tenido en la Gran Guerra. En concreto fueron los *Renault FT 17* franceses, llegando los primeros en 1919 (Guerrero, 2017: 455).

⁹ Nota de la Comandancia General de Melilla, 12 de marzo de 1922: Archivo General Militar de Madrid, legajo 293, carpeta 6.

de lanzabombas y que cumplen a maravilla, por maniobreros, lo que se les pide». También era efectiva como medio cartográfico o como reglaje artillero, igual que en la guerra regular. Además, como el enemigo no disponía de artillería antiaérea, podía volar bajo para bombardear o para utilizar las ametralladoras (1927: 437-443).

Conclusiones

Las campañas de Marruecos se caracterizaron por un tipo de guerra, la irregular, para la que en un primer momento no estuvo preparado el ejército español. Si bien existían suficientes experiencias en la guerra irregular desarrollada principalmente en Cuba, las enseñanzas de esta campaña no fueron prácticamente tenidas en cuenta. Es más, no se había escrito un estudio completo sobre esta campaña. Por otro lado, no existió una doctrina oficial sobre la guerra irregular y el *Reglamento táctico* de 1914 era insuficiente para el modo de luchar en Marruecos. Las características del combatiente marroquí dificultaron la situación y el ejército español en vez de buscar la solución en el empleo de los principios del arte de la guerra, optó por emplear un sistema de pequeñas posiciones para detener al enemigo. Esto condujo a que se produjesen descalabros como el de Annual.

Al dividir las fuerzas en una multitud de posiciones se perdieron, como indicó el general Goded, las ventajas con las que contaba el ejército español, una fuerza europea más numerosa y mejor armada que los habitantes del norte de Marruecos: la movilidad, el dominio estratégico y la mencionada superioridad numérica. Sería la vuelta a los «principios» lo que posibilitó la serie de victorias que prosiguieron al desembarco de Alhucemas y que permitieron pacificar el Protectorado. Estos principios fueron la voluntad de vencer, la acción de conjunto y la sorpresa. Afines a estos, la libertad de acción, la seguridad, conservación del contacto, aprovechamiento del éxito y la economía de fuerzas.

Bibliografía

- BALFOUR, S., *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona, Península, 2002.
- BANÚS, C., *Reflexiones acerca de la campaña del Rif en 1909*. Madrid, Imprenta del Memorial de Ingenieros, 1912.
- BERENQUER, D., *La guerra en Marruecos. Ensayo de una adaptación táctica*. Madrid,

- Imprenta Excelsior, 1918.
- Campañas en el Rif y Yebala*. Madrid, Ediciones Ares, 1948.
- BERMÚDEZ DE CASTRO, L., «Tropas coloniales», *Revista de Tropas Coloniales*, n.º 7, 1924.
- Capitán Equis, *El problema militar de España: apuntes para un estudio sincero y al alcance de todos*. Burgos, Imprenta de J. Saiz y Comp.ª, 1916.
- CARDONA, G., *El poder militar en la España contemporánea hasta la Guerra Civil*. Madrid, Siglo XXI, 1983.
- CARDONA, G. Y LOSADA, J.C., *Weyler. Nuestro hombre en la Habana*. Barcelona, Planeta, 1998.
- CASSINELLO, A., «El ejército español en Marruecos. Organización, mandos, tropas y técnica militar», en Reyes, M. (coord.) *El protectorado español en Marruecos: la historia trascendida*. Bilbao, Iberdrola, 2013, 271-299.
- DÍAZ DE VILLEGAS, J., «Modalidades de los principios fundamentales de la guerra al ser aplicados a la nuestra de Marruecos», *La Guerra y su Preparación*, n.º 5, 1927, 420-450.
- Lecciones de la experiencia: enseñanzas de las campañas de Marruecos*. Toledo, Sebastián Rodríguez, 1930.
- Doctrina para el empleo táctico de las armas y de los servicios*. Madrid, Talleres del Depósito Geográfico e Histórico del Ejército, 1929.
- Estado Mayor Central del Ejército, *Enseñanzas de las campañas del Rif en 1909*. Madrid, Talleres del Depósito de la Guerra, 1911.
- FONTENLA, S., *La guerra de Marruecos 1907-1927*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2017.
- FRANCO, F., «Reformas necesarias», *Revista de Tropas Coloniales*, n. 23, 1926.
- GUERRERO, A., «El desarrollo del carro de combate en el ejército español hasta la Guerra Civil (motorización y mecanización del ejército)», en Gajate, M. y González, L. (eds.), *Guerra y tecnología. Interacción desde la Antigüedad al Presente*. Madrid, Fundación Ramón Areces, 2017, 453-479.
- GODED, M., *Marruecos. Las etapas de la pacificación*. Madrid, Compañía Ibero-americana de Publicaciones, 1932.
- JENSEN, G., *Cultura militar española. Modernistas, tradicionalistas y liberales*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2014.

- MOLA, E., *Para los oficiales de Infantería en Marruecos*. Logroño, 1922.
- MORALES LEZCANO, V., *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*. Granada, Universidad de Granada, 2015.
- PAREJA, L., «La guerra irregular en la zona montañosa (Yebala)», *La Guerra y su Preparación*, n.º 6, 1926.
- PAYNE, S.G., *Los militares y la política en la España contemporánea*. Madrid, Sarpe, 1986.
- PITA, F., «Misión táctica de las fuerzas indígenas», *Revista de Tropas Coloniales*, n.º 7, 1924.
- PUELL, F., *El soldado desconocido. De la leva a la «mili»*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.
- Historia del ejército en España*. Madrid, Alianza, 2009.
- Reglamento táctico de Infantería*. Toledo, Imprenta de María Cristina, 1914.